

terminar su desayuno cuando fué conducido a ella — murmuró Fidel al oído de Alicia, al ver que ésta observaba a Fausto con extrañeza —. Allí sólo le dieron otras vacías, y ya ves, el pobre tiene un hambre y una sed terribles. ¿Qué tal, estimado muchacho? — prosiguió rodeando con su brazo el cuello de Fausto.

Miró éste a su alrededor, movió la cabeza y siguió dándole unos tremendos mordiscos al pan y manteca.

—¡Pero contesta! ¿No puedes hablar? — exclamó impaciente Fidel. Pero Fausto, imperturbable, continuaba engullendo, y se ayudaba con alguno que otro sorbo de té.

—¡Habla! ¿No quieres? — chilló furioso el rey —. ¿Cómo va la pelea?

Fausto hizo un sobrehumano esfuerzo para tragarse un enorme trozo de pan y manteca que lo dejó atragantado por unos minutos.

—Va muy bien — respondió al fin con voz ahogada —. Los dos se han derribado mutuamente unas ochenta y siete veces.

—Supongo que no tardarán en traerles pan blanco y moreno — aventuróse Alicia.

—Eso esperan — contestóle Fausto —. Lo que yo como es una parte de ello.

En este preciso instante había cesado la pelea y los dos rivales, jadeantes, se sentaron en el suelo. El rey ordenó:

—¡Se les concede diez minutos para refrescarse!

Fidel y Fausto pusiéronse en movimiento trayendo grandes bandejas de pan blanco y moreno. Alicia quiso probar un pedacito, pero era tan duro que no pudo ni siquiera hincarle el diente.

—No creo que hoy quieran pelear más — dijo el rey a Fausto —. Da orden de que toquen los tambores.

Fausto salió dando bri  
Alicia lo contempló silencio  
iluminóse su rostro.

—¡Mirad, mirad! — excl  
¡La reina blanca viene con  
Viene volando por el bosqu  
esas reinas!

—Sin duda la sigue algú  
mirar siquiera —. Estos bos

—¿Pero no corres a aux  
sorprendida de su indiferen

—Es inútil, es inútil —  
una rapidez tan asombros  
atrapar un ciclón. Te daré  
lo deseas. Es una criatura  
consigo mismo mientras ab

